

# JESUCRISTO REY

## LA FIESTA DE SU AUGUSTA SOBERANIA

---

Por tercera vez celebrará la Iglesia Católica la fiesta de Cristo Rey (1). No sólo a sus fieles, sino a todos los hombres a quienes llegue su voz, invitará maternalmente a reconocer y rendir acatamiento a la soberanía del que es Redentor de todos, Jesucristo. Por esto en el momento y fórmula culminantes de la liturgia del día, ora: *Omnipotente y sempiterno Dios, que en tu amado Hijo, Rey del universo, quisiste restaurar todas las cosas; concédenos propicio, que todas las naciones de la tierra, separadas por la herida del pecado, se sometan al imperio suavísimo de Aquél, que contigo vive y reina por los siglos de los siglos* (2).

La encíclica *Quas primas*, con que la instituyó, al terminar el último Año Santo (3), no deja lugar a dudas ni tergiversaciones sobre la soberana teología de la fiesta. Fluye de su contexto clara, precisa y ¿por qué no decirlo? dulcísima y vivificante. Evoquemos algunos conceptos a la luz de sus enseñanzas infalibles. Obligación nos corre.

Cuando, al celebrarse por vez primera, expresa y solemnemente la Realeza de Cristo, complaciase ESTUDIOS, reconociéndola, acatándola y proclamándola universal, absoluta e inalienable; y hacía constar que, aun cuando «la suprema autoridad política no implica en sí eficacia alguna sobre las ideas y doctrinas; puesto que Jesucristo, Hijo de Dios, es la verdad y la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, y por ende suprema autoridad doctrinal en todos los órdenes de los humanos conocimientos; sincera y paladinamente quería, que, sus ideales y criterio, en cuanto en sus páginas publicara, no menos que todas sus actividades, le estuviesen incondicionalmente so-

---

(1) El último domingo, 28 de este mes.

(2) *Oración* de la Misa y oficio propios.

(3) Dada en Roma, en San Pedro, el 11 de diciembre de 1925, año cuarto del pontificado de N. SS. Padre Pío XI.



metidos, supeditados y consagrados». Creemos el mejor modo de ratificarnos hoy en nuestros propósitos y protestar que con la misma voluntad perseveramos en ellos, dedicando las primeras páginas del número de este mes al asunto que cifra su título.

## I

Son las fiestas que celebra la Iglesia un conjunto de actos de culto que, en torno al mismo objeto, adscribe públicamente su autoridad soberana a un día del calendario eclesiástico. El estudio, desde luego más fácil, de dichos actos, nos llevará al conocimiento más preciso y cabal de aquéllas: es por demás luminosa a este propósito la teoría que emplea la Escolástica para analizarlos y clasificarlos: sigámosla.

Arranca de lo que es objeto inmediato y como término propio del acto de culto: será en casos —circunscribiéndonos al culto y festividades de Jesucristo— una imagen suya, una acción particular por El ejecutada, una virtud o título o prerrogativa que le es peculiar, o ya una parte de su ser o un misterio, lo que especialmente se proponga a nuestra veneración: tal sucede cuando adoramos la imagen de Cristo en cruz, o meditamos su oración en el huerto, o tratamos de imitar su mansedumbre y bondad, agradecemos su caridad inmensa, nos dolemos ante sus sagradas llagas, desagraviamos su amoroso Corazón o festejamos la gloria de su Epifanía y triunfante Resurrección... En nuestro caso los actos de culto y la fiesta se dirigen a su REALEZA, o sea, LA POTESTAD REAL o de JEFE DE ESTADO POLÍTICO, DE QUE ESTÁ INVESTIDO JESUCRISTO, constituye el objeto inmediato que la Iglesia propone a la veneración de todos los hombres.

No es que la Iglesia circunscriba de modo alguno la potestad amplísima que tiene Cristo, de que El mismo da testimonio, al decir, próximo a subir al cielo: *data est mihi omnis potestas in coelo et in terra*, me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra; ni menos que erija ella ahora a Jesucristo por Rey de las naciones, no: en naciendo, o más propiamente, en el mismo momento de su santísima concepción, fué investido y tomó posesión de su amplísima soberanía, que no se limita a individuos, familias, pueblos, naciones, partes de la tierra o mundos, sino



a todo y a todos se extiende, y no con dominio de determinada índole o alcance circunscrito, sino en todos sentidos ilimitado y excelentísimo: pero la Iglesia, a quien el Espíritu Santo inspira en cuanto concierne a la fe y a la moral, ha querido presentar a la veneración este objeto particular del contenido del dogma, a saber: *el derecho que radica en la voluntad humana de Cristo, que es Hijo de Dios y Señor de todo, de dirigir eficazmente y de manera plenísima y absoluta, todas las sociedades civiles o estados, legítimamente constituidos, en la prosecución de su fin propio, que es la prosperidad temporal.*

Exprésalo con clara precisión el texto de la *Encíclica*: nada de potestad metafórica o de símbolo o de denominación, que indique restricción en su alcance jurídico, *Verum ut rem pressius ingrediamur, nemo non videt, nomen potestatemque regis, propria quidem verbi significatione, Christo homini vindicari oportere.*

«De antiguo, dice, se ha solido llamar rey a Jesucristo en sentido traslaticio, por la suprema excelencia con que se aventaja y encumbra sobre todas las cosas criadas. De aquí que se diga que reina *en las inteligencias de los hombres*, no tanto por la penetración de su entendimiento y la amplitud de su ciencia, cuanto porque es El la Verdad y los hombres necesitan aprenderla y dócilmente recibirla de El; y sobre *sus voluntades*, no ya sólo porque en El la voluntad humana abraza cabal y prontamente la santidad de la divina, sino porque con sus inspiraciones e impulsos rinde hasta tal punto nuestra libertad, que la enciende en nobilísimos propósitos. Se reconoce, por fin, a Cristo como *rey de los corazones de los hombres*, porque *con la supereminente sabiduría de su caridad y mansedumbre y la benignidad atrae a sí las almas*; ya porque nadie ha habido hasta ahora, ni habrá en lo sucesivo, que ahí haya sido amado por todos los nacidos como Jesucristo. Mas penetrando de lleno en el asunto, no hay quien desconozca que, *en la rigurosa acepción de la palabra, el nombre y la potestad de rey son propios de Cristo en cuanto hombre*: puesto que sólo como hombre se puede decir que recibió del Padre *la potestad, el honor y el reino.*»



## II

Cabe luego preguntar ¿por qué presenta la Iglesia como objeto de culto especial y público, de una festividad, la soberanía social de Jesucristo?

No preguntamos aquí qué razones particulares extrínsecas a ésta, haya podido tener la Iglesia para establecer aquélla, en tales circunstancias históricas; sino por las que inmediata e intrínsecamente abonan la elección de determinada prerrogativa, título o excelencia de Jesucristo.

Es el motivo determinante del culto que, con el indicado, compone, según dice el Sumo Pontífice en la *Encíclica*, el *objeto formal* o especificativo de la presente festividad: *objeto manifestativo* o *de manifestación* lo denomina atinadamente, en cuestión similar, el cardenal y sabio teólogo Franzelin (1), como sea el que pone a la vista los méritos y títulos con que Jesucristo se manifiesta bajo aquel aspecto peculiar, que provoca el culto y origina la fiesta. Echase bien de ver cuál sea en el caso que consideramos; no otro que el soberano e inefable realce, con que, dentro de su propio concepto, se nos manifiesta la soberanía real de Jesucristo, ya se la mire en sí, ya en orden a hacer la verdadera felicidad de los hombres, sus súbditos.

¿Qué es en sí misma la soberanía política de Jesucristo?

Como derecho de jurisdicción es, en primer lugar *indestructible* en sus raíces, *universal* en su alcance, *absoluta* en su poder, *independiente* en su ejercicio, *eterna* en su duración; aunque se denomine civil o política y sea por ello eficazmente directiva tan sólo de las voluntades, en la cooperación que deben prestar en la actividad social; no se limita en Cristo a estos términos, sino que alcanza a todo cuanto sea menester para dirigir por los caminos de la verdad, hasta la Primera, y del bien, hasta el Sumo, a las sociedades civiles, a sus jerarquías, a sus familias y a los individuos, y para éstos, que han de vivir eternamente, en orden a tal fin irradia sus benéficas influencias.

Hay además que, como capacidad de obrar, exigir y ordenar bajo las normas eternas de verdad y justicia, es sólo para bien de

(1) Tratado *De Verbum Incarnato*: th. XLV, *Quomodo...* SS. *Cor Iesu sit objectum adorationis latreuticæ.*

aquéllos sobre los cuales se ejerce; radica asimismo en una voluntad santísima, enriquecida en grado excelentísimo con la plenitud de todas las virtudes y abrasada en ardores del amor divino, que no puede querer para sus criaturas racionales sino lo que mejor les esté y esto todo a las luces de un entendimiento, no sólo el más perfecto en su naturaleza, por la claridad y perspicacia de su penetración, sino aventajado por el caudal de todos los conocimientos, bañado en las lumbres de la visión beatífica. No puede decirse más en el orden de lo humano; y sí a la colmada bienandanza, de que tales prendas son certísima garantía para los súbditos de aquella soberanía, añadiéramos lo que nos dice la historia, realidad hasta hoy, y sólo en parte, de más venturosas profecías sobre la acción de la realeza de Cristo, a través de los veinte siglos que deja sentir su influencia en el mundo; será forzoso reconocerla como origen manantial de todos los bienes.

Pero el fin a que están destinados los individuos de todas las sociedades es hoy sobrenatural, y su prosecución en este mundo debe ser por medios sobrenaturales, sobrenatural por tanto su religión; y tal la ha fundado Cristo por sí mismo, y es la Iglesia Católica.

He aquí pues, lo que no pudo ser en el orden puramente natural con soberano alguno político, unidos en la autoridad soberana de Cristo los dos poderes, el civil y el religioso, el que manda sobre los bienes que acaban con el tiempo y el que extiende sus dominios hasta la eternidad.

Y ¿cómo y por qué todo esto? No podemos omitirlo en este punto, aunque parezca digresión, dado que nos hemos propuesto analizar primariamente el objeto de la fiesta; mas no podría decírsenos que ¿dónde están los fundamentos de su realidad? Preséntalos claramente el Padre Santo en su *Encíclica*:

a) A maravilla nos muestra, dice, San Cirilo Alejandrino el fundamento en que estriba esta dignidad y potestad de Nuestro Señor: *posee Cristo la soberanía sobre todas las criaturas para decirlo en una palabra, no como quien la arrebatara por fuerza, sino en virtud de su misma esencia y naturaleza* (In Luc. X); es decir, su soberanía y principado estriba en aquella unión maravillosa, llamada hipostá-



tica. De donde se sigue que Jesucristo no sólo debe ser adorado en cuanto Dios por los ángeles y los hombres, sino además, que, a su imperio de hombre —*ejus imperio Hominis*— ángeles y hombres deben obedecer y estar sujetos; de manera que por el solo hecho de la unión hipostática le compita a Cristo potestad universal sobre todas las criaturas.»

Todas las voluntades, sean individuales, sean colectivas se le han de rendir, reconociendo la excelencia y perfección infinitas que campean en la persona del Verbo, en quien las dos naturalezas, divina y humana subsisten, anhelando, —que no menos implica la adoración—, desaparecer y hasta aniquilarse ante aquella soberana Majestad; y esto para que su gloria de ella se estime y su voluntad prevalezca.

He aquí cómo aparece a la luz de la razón, deducida de la unión hipostática, la soberanía de la voluntad humana de Jesucristo. Es su voluntad, la voluntad de quien es Dios, y aunque no sea una voluntad en sí infinita, ni de una naturaleza divina; sus querer es de quien es Dios, venerandos por tanto y adorables, y acreedores por ende a un absoluto acatamiento, no menos que si fueran libérrimas determinaciones de la mismísima voluntad divina. ¡Alteza inefable, a que la divina munificencia ha levantado la naturaleza humana en Jesucristo! Y, bien podemos desde luego añadirlo, pues siendo verdad es glorioso a los derechos de Jesucristo, y garantía de paz y bienandanza para las naciones que lo reconozcan: ¡Qué nuevo prestigio realza hoy el supremo poder en los Estados; son hoy mandatarios de Cristo y como tales deben mirarse cuantos legítimamente lo ejercen!

b) Por un nuevo raciocinio se confirma y declara, arguyendo que, no sólo a título de *nacimiento* o herencia, si se quiere, Jesucristo es rey; sino también por el de *creación*, de que es autor, le están sujetas todas las cosas.

En efecto, todas las criaturas, sin excepción, son obras del Verbo, que las ha creado, dándoles el ser cuando nada eran: *omnia per Ipsum —Verbum— facta sunt, et sine Ipso factum est nihil quod factum est*, por el Verbo fueron hechas todas las cosas, y nada se hizo sino por El de cuanto existe. Ya pues,



si es de creador la persona en que subsiste la naturaleza humana en Cristo ¿por qué no le han de cuadrar a ésta, a su voluntad, los derechos radicalísimos y absolutos con que la acción creativa vincula a su autor las cosas que él saca de la nada? Si el hombre en Cristo es verdaderamente Dios, porque su naturaleza humana subsiste, o sea, tiene su último substancial complemento para existir en el Verbo; ¿por qué no ha de ser el hombre en Cristo igualmente creador? Blasfemia fuera negárselo, porque sería negárselo a quien es real y verdaderamente Dios.

Si es pues, Cristo autor de cuanto somos ¿será posible, o podrá imaginarse derecho, primacía, dominio, potestad o soberanía, que innata o accidentalmente haya en persona criada, sea ésta física o moral, individual o colectiva, que no le pertenezca radical, plenísima y absolutamente? ¿Qué ser sería éste o qué poder excéntrico o emancipado del autor de todo ser? Es por demás insistir en conceptos tan obvios: pues, aunque uno sea el derecho de propiedad, que brota primitiva y directamente de la acción más soberanamente dominativa, y otro el de jurisdicción; sin embargo, donde dar el ser es de manera tan radical y ajena a toda dependencia, como en la creación, que saca de la nada el ser sin limitación alguna que la condicione; el derecho de propiedad es plenísima jurisdicción, cuando quiera que sea personal el término creado.

Ahora bien, una vez vinculada al creador la criatura racional y libre, quédalo por el mismo título su voluntad y no menos sus actos, derechos, prerrogativas... cuanto de su ejercicio se origine; pues no sería éste de eficacia alguna si atentara contra derechos fundamentales y trascendentes. No en vano aún la etimología aboga por la *autoridad* en favor del que es autor.

Infiérese de aquí que de Cristo acá toda sociedad legítimamente constituida, le debe reconocer por autor suyo soberano.

A El pertenece el individuo por inmediata creación y en él es dueño absoluto de todas las expansiones de su naturaleza y facultades; cuanto sean aquéllas más según la índole del hombre, más íntimamente pertenecerán en sí y en sus efectos a Aquél cuya es la naturaleza.

De aquí que la familia y la sociedad civil, cuya constitución

es obra de aquélla, por este concepto será más de Cristo que otras sociedades, en cuya creación tiene más parte la libre iniciativa del hombre. Luego si son de Cristo las sociedades civiles, a El pertenece antes que a otro, cuanto sea indispensable para que existan, vivan y socialmente se perfeccionen; y cuanto un elemento les es más íntimo y necesario para su ser, más queda adherido al que le dió el ser. Ahora bien, siendo la autoridad o, según unos quieren, parte de la esencia de la sociedad, o cuando no, un constitutivo necesario a su existencia, échase de ver si es del dominio del autor de la sociedad.

c) Expuesto el argumento de la realeza de Cristo, que se funda en la unión hipostática, recuerda la Encíclica *Quas primas* el que estriba en el cumplimiento de su misión de Redentor de los hombres:

«Pero sobre esto ¿qué cosa habrá para nosotros más dulce y suave que pensar que la soberanía de Cristo sobre nosotros no es sólo debida a su naturaleza, sino que es por derecho adquirido por la redención? Ojalá que los hombres, harto olvidadizos, cayeran en la cuenta de cuánto le costamos a nuestro Salvador: *No habéis sido rescatados a precio de oro y plata, cosas deleznales... mas con la sangre preciosa de Cristo, como cordero sin mancha e incontaminado* (1 San Pedro, 1, 18-19). No somos más nuestros, ya que nos compró Cristo a *grande precio* (1 a los Cor. VI, 20), aun nuestros cuerpos son miembros de Cristo (en el mismo I. 15).»

Es así en realidad de verdad: arrancónos Jesucristo de la total ruina e irreparable, en que la bancarrota del Paraíso sumiera a todos los miembros de la familia humana; no sólo la desventura eterna nos aguardaba, sino aun la temporal en los días que durara el paso del hombre por este mundo.

Nada más a propósito para darnos a entender que tal hubiera sido que fijarse en el mísero estado de abyección, de incapacidad de rehabilitarse por sí solos, en que se encuentran, aún en nuestros días los individuos de ciertas tribus alejadas de la acción civilizadora. Y cuenta, que la influencia de Cristo redentor, a manera del calor del sol, alcanza hoy de un confín a



otro de la tierra. Más, aún antes que naciera en este mundo y fundara la Iglesia, irradiaba sobre él sus salvadoras influencias: uno fué, por bondad sin límites de Dios, el estallido que lanzó del Edén a sus primeros moradores y el rayo de misericordia que rasgó sobre sus cabezas la cerrazón fatídica que las envolvía. Pues si, a pesar de tan vivificante realidad, como *el calor de la gracia de Cristo, de cuyos rayos*, según la frase profética, *desde la aurora al ocaso no hay quien se esconda* (Salmo XVIII, 7), el envilecimiento de los hombres ha llegado a tales extremos. ¿Qué fuera, alejados todos en absoluto de Cristo, y condenados a transmitirse unas a otras las generaciones, cada vez más condensado y sin elemento de reacción, el patrimonio nefasto? Bien se puede afirmar que no hubiese sido menester otro tóxico para dar en el aniquilamiento con los descendientes del rey de la creación visible. Previó sin duda este desquiciamiento el Apóstol de las gentes, al escribir las últimas palabras, que hace propias la *Encíclica* en la cita última: pues no sin razón, al echar en cara a los corintios el pecado, que excepcionalmente es contra el cuerpo, *qui fornicatur, in corpus suum peccat*; añade, que, aún nuestros cuerpos son miembros de Cristo. Integra pues, la humanidad es de Cristo, como que por El no ha perecido; luego un nuevo título, semejante al del dueño y señor por creación, lo inviste de plenísimo derecho para imponernos su voluntad.

\*  
\*\*

Y pues para rendirla libre y generosamente lo reconocemos; bien es que lo miremos en su elemento correlativo, el deber, o mejor, si se quiere, en su término, el sujeto obligado: ¿no es lógico entonces inferir, que es más apremiante la obligación que impone al redimido el beneficio de la redención, que al simplemente criado haber recibido el ser? Más es rescatar al hombre de la eterna desventura, que sacarlo de la impasibilidad, aunque eterna, de la nada. Dícelo con sin igual energía la Iglesia: *Nihil enim nobis nasci profuit, nisi redimi profuisset*. ¿Qué condenado no antepondría a su estado de muerte perpetua el aniquilamiento instantáneo? Sobre la desgracia del más desgraciado de todos los nacidos lo proclamó la Verdad eterna: *melius illi esset*



*si natus non fuisset*, mejor le fuera no haber nacido. Tiene pues, el título de la redención, más eficacia para mover la voluntad a que acepte la soberanía de Cristo, como quiera que la manifiesta más benéfica que otro alguno.

No será en vano insitir y encarecer cómo sube de punto esta eficacia, si analizamos más a fondo y en toda su realidad la acción redentora, o mejor, como es corriente decir, la obra de la redención. Fué el propio sacrificio, llevado hasta el aniquilamiento físico y moral, el precio para nuestro rescate estipulado; debía sernos por demás arduo el camino de la rehabilitación, aun y rotas las cadenas que en absoluto nos la imposibilitaban, supuestas sólo las ayudas necesarias para andarlo con garantías de llegar al término; cuán pocos lo alcanzarían, si lo conjeturamos por lo que pasa hoy tras una *redención tal y tan copiosa*... Quiso pues, el Autor de ella restablecer la humanidad en su estado primitivo, elevarla al orden sobrenatural y que las ventajas perdidas con la caída primera fueran compensadas, no sólo con la abundancia de la gracia que nos mereció, sino con tomar El personalmente parte a nuestro lado, en las tareas de nuestro perfeccionamiento: y hélo aquí nuestro ejemplar, nuestro maestro, nuestro sostén y compañero de luchas, realizando aquella epopeya, que el genio del Doctor Angel esculpió en cuatro versos inmortales, como su Suma Teológica que compendian:

*Se nascens dedit socium,  
Convalescens in edulium,  
Se moriens dat in pretium,  
Se regnans dat in premium.*

Diósenos al nacer por compañero,  
Comensal en manjar,  
En rescate al morir, y allá en su reino  
Galardón nos será.

\*  
\*\*

Contemplemos una vez más iluminada con tan indefectibles claridades la Realeza omnímoda y universal de Cristo, y en ella los dos poderes que sobre las sociedades, por encima de todos, campean en su augusta corona: y démonos a pensar en la reali-



dad que presentaría el mundo, si, emanando ambos de Cristo, el poder temporal y el poder espiritual; puestos por El, a tenor de su propia índole, en manos de sus respectivos lugartenientes, desplegaran armónicamente, dentro de sus propias esferas y mirando a su único centro, las bienhadadas irradiaciones que El proyecta...

Halló Cristo, al hacer su aparición en el mundo, constituida, a lo menos en principio, la sociedad civil, y, de igual forma encaminada por sus cauces precisos y naturales, la acción de la autoridad política: una y otra eran obra de Dios, autor de la naturaleza, el cual, a tenor de estos bienes, dió a la racional luces y energías, para que en la vida social encontraran los hombres el complemento de su cabal perfección, cifrado en su ser, anhelado con todas las ansias y que en vano buscaran en el aislamiento individual o en la colectividad nativa de la familia. Jesucristo. Hijo de Dios hecho hombre, no venía a destruir las obras de Dios, establecidas para el bien de los hombres: intactos sus derechos sobre la sociedad, sin renunciar a su soberanía, dejó a una y a otra desplegar sus naturales actividades, limitando sólo con algunas reservas el radio jurisdiccional de la última, sobre bienes que únicamente en forma hipotética y restringida le correspondían. Son éstos los religiosos y aun los morales: los cuales, como privados, han estado siempre directa y formalmente reservados a la actividad de los particulares, bien que indirectamente le toque a la autoridad promoverlos; como públicos, debe salvaguardarlos y aun fomentarlos, mas sólo cuando otra sociedad, con credenciales de origen divino, no reclame legítimamente, como contenidos dentro de su propia esfera, la tutela y fomento de aquellos bienes.

Jesucristo fundó esta sociedad; hízola visible como una ciudad levantada sobre el monte; creció de mar a mar y llenó la tierra habitada, justificando a la luz del sol su nombre de Católica, que ninguna otra sociedad le ha disputado. Sus títulos de divina, es decir, de ser la obra de Jesucristo, no son menos visibles que su existencia: unida con El inseparablemente en el tiempo y en el espacio, no lo está menos por la íntima correspondencia con que realiza, a través de veinte siglos, inmutable, compacta y viviente el Reino, que las profecías anunciaron



como la obra de Cristo, que Cristo bosquejó, caracterizó, organizó y vaticinó perdurable. Este reino, o sea la Iglesia de Jesucristo, con credenciales incontrovertibles y no menos gloriosas, se presenta, por voluntad expresa de su Fundador, una, santa, católica, apostólica, a los estados políticos, sujetos igualmente a Jesucristo, y pide su reconocimiento, y con él la libertad, el respeto, la protección y también la amistosa benevolencia de sus poderes constituídos. ¿Cómo no, si es divina por su origen, perfecta en su constitución, espiritual por la actividad y los medios con que la despliega y es su fin sobre todo otro, la salvación eterna de los mismos súbditos, cuyo bien temporal constituye la razón de ser y la vida de las sociedades civiles?

Estos breves esbozos de ambas sociedades, a que una economía tan próspera como benéfica por parte de Dios, llama hoy a todos los hombres, ¿no bastan por sí solos para asegurar a los pueblos la prosperidad fecunda en la paz estable, cuyo imperio sería la inmediata eflorescencia de los dos principios directivos conspirando armónicamente hacia sus fines?

Y ver, sin embargo que se cree y espera todavía en las intenciones del positivismo miope y sin corazón, mil veces caídas en el descrédito ante la sensatez del buen sentido... Predica ligas, convoca asambleas, junta tribunales, hasta erige templos; pero si no tiene dios para ellos, ni códigos, ni programas, ni principio alguno conglutinante... ¿Cómo es posible un derecho internacional, sin una ley, una jurisdicción, una autoridad supranacional? He aquí cómo huyendo del único principio de unidad que es Dios, su santa ley, que promulga y cifra en sí, en la actual economía, Jesucristo, Rey por quien los reyes reinan..., andan los recalcitrantes andariegos de una a otra región, publican en todas el oprobio del que afirma con los hechos lo que sistemáticamente contradice.

### III

Mas el doble objeto, único mejor, que doblemente hemos considerado, en su realidad genérica y en la excelencia que específicamente lo dignifica, no existe en realidad de verdad aislado, como la abstracción metafísica lo mira; ni fuera bastante para



orientar un acto de religión, que exige en su término adecuado la dignidad personal, ni menos para elevar a latréutico el culto que a la majestad real de Jesucristo tributamos. El es el objeto adecuado; y como es en sí cabalmente el compuesto teándrico de dos naturalezas divina y humana, a las dos juntas en unidad de persona se dirige el culto y se celebra la fiesta; porque aun cuando la realeza sea del hombre, como quiera que este hombre es Dios, el Verbo único del Padre, es fiesta y culto de la más encumbrada jerarquía.

Para poner más en claro estas verdades, con que dichosamente la fe católica nos familiariza; son muy a propósito las palabras del Doctor Angélico, que, en materia análoga, compendian la teología de la fiesta de Cristo Rey. La bondad intrínseca y absoluta de Dios y su perfección infinita son, como se deja entender, la razón formal y próxima porque, como sobre todas las cosas debe ser amado, así siempre y en todas adorado. La adoración reconoce la soberana excelencia de Dios y a ella libre e incondicionalmente se somete, y como no ha mucho escribíamos, con linaje tal de sumisión, que anhela desaparecer y abismarse, para que sólo tenga ser aquella realidad excelentísima que adora. El amor modifica un tanto, si bien se analiza, su tendencia: reconoce la misma bondad excelentísima que adora, mas es para volverse hacia ella, en ella complacerse, queriéndosela toda y más que fuera para Dios mismo sobre todo. Ahora bien, en la naturaleza humana de Cristo manifiéstasenos la Divinidad singularmente amable y adorable. «No es, y aquí Santo Tomás, que la Encarnación aumente en lo más mínimo la bondad de la persona del Verbo, ni le añada amabilidad, por donde la persona del Verbo Encarnado sea más digna de amor que la simple persona del Verbo; sin embargo ello es que por una nueva razón se muestra amable, bien que la tal razón estaba contenida en la universal bondad del Verbo.» (1) Ya pues, como aquella nueva razón porque se nos muestra amable el Verbo Encarnado, puedan ser, además de la naturaleza humana entera, sus partes, acciones particulares, misterios, prerrogativas, como su potestad suma y derecho a reinar sobre todas las

---

(1) QQ. DD. *De unione Verbi incarnati*, q. única, a. 1, ad 9.



naciones; he aquí como en ella y si se quiera, a través de ella amamos y adoramos al Verbo Encarnado, que por ella y a través de ella se nos muestra singularmente adorable. De aquí que el Sumo Pontífice dedique una parte principal del documento de erección de esta fiesta a ponderar los bienes sin cuento que en sí encierra esta soberanía de Jesucristo. Aduce los pasajes de la Sagrada Escritura en que manifiestamente se reconoce y proclama, cómo «*Florecerá en los días de su reinado, y por lo tanto dondequiera sea reconocido, la justicia y la abundancia de la paz... que dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra*» (Salmo 71), según profetizó su ascendiente el Rey David; con Isaías nos hace asistir a las alegrías del mundo en su nacimiento y oír los augustos nombres, cuya realidad será su imperio sobre todos: «*Un parvulillo nos ha nacido y se nos ha dado un hijo, que lleva sobre sus hombros el principado y tendrá por nombre el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de la paz. Se multiplicará su imperio y la paz no tendrá fin: sentaráse sobre el solio de David y sobre su reino, para afianzarlo y robustecerlo con la prudencia y la justicia, desde ahora para siempre* (c. IX, 6-7). Omitiendo otros pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, recordados al mismo intento, dice al fin:

«Por tanto si los hombres reconocen pública y privadamente la potestad regia de Jesucristo, necesariamente habrá de reportar toda la sociedad civil inapreciables beneficios, como de justa libertad, tranquilidad y disciplina, paz y concordia.

»La regia dignidad de Nuestro Señor, así como hace sagrada en cierto modo la autoridad humana de los jefes y gobernantes del Estado, así también ennoblece los deberes y la obediencia de los súbditos...

»... Si los príncipes y gobernantes legítimamente elegidos se persuaden de que ellos imperan más que por derecho propio, por mandato y en representación de Jesucristo, a nadie se le ocultará cuán santa y sabiamente habrán de usar de su autoridad, y cuánta cuenta habrán de tener, al dar y ejecutar las leyes, con el bien común y con la dignidad humana de sus inferiores.



»De aquí se seguirá, sin duda, el florecimiento estable de la tranquilidad y del orden, suprimida toda causa de sedición; pues aunque el ciudadano vea en el gobernante o en las demás autoridades públicas, a hombres de naturaleza igual a la suya y aun indignos y vituperables por cualquiera causa, no por eso rehusará obedecerles cuando en ellos contemple la imagen y autoridad de Jesucristo, Dios y Hombre verdadero.

»En lo que se refiere a la concordia y a la paz, es evidente que cuanto más vasto es el reino y con mayor amplitud abraza al género humano, tanto más se arraiga en la conciencia de los hombres el vínculo de fraternidad que les une. Esta convicción, así como aleja y disipa los frecuentes conflictos, así también endulza y disminuye las amarguras. Y si el reino de Cristo abrazase de hecho a todos los hombres, como los abraza de derecho, ¿por qué no habríamos de esperar aquella paz que el Rey pacífico trajo a la tierra, aquel Rey que vino para *reconciliar todas las cosas*; que *no vino a que le sirviesen sino a servir*; que siendo el *Señor de todos*, se hizo a sí mismo ejemplo de humildad y recomendó ante todo esta virtud con la caridad; que, finalmente, dijo: *Mi yugo es suave y mi carga es ligera?*

»¡Oh, qué felicidad podríamos gozar si los individuos, las familias y las sociedades se dejasen gobernar por Cristo! Entonces verdaderamente, diremos con las mismas palabras que nuestro Predecesor León XIII dirigió hace veinticinco años a todos los Obispos del orbe católico, *entonces se podrán curar tantas heridas, recobrará todo derecho su vigor antiguo, volverán los bienes de la paz, caerán de las manos las espadas y las armas, cuando le obedezcan, cuando toda lengua proclame que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.*»

#### IV

Y ¿cómo, se podrá alguno preguntar, la Iglesia ha omitido tantos años ha la celebración de esta fiesta, o por qué ahora precisamente ha llamado hacia su objeto la atención y la pie-



dad de los fieles y aun de todos los hombres? Supuesta, en primer lugar, la doctrina antes indicada; en todas las fiestas de Cristo, siendo El el objeto adecuado de las mismas, es objeto de culto cuanto El es, a El pertenece o de El se origina: es por lo tanto impropia la locución que supone que hay algo en Cristo o algún bien hecho por Cristo a los hombres cuya veneración o agradecimiento omita la Iglesia en el decurso del año cristiano.

Con todo, al reparo en lo que tiene de positivo, contesta la Iglesia con sabiduría inspirada, en la misma *Encíclica*. Recuerda primero las ventajas en general de las fiestas litúrgicas; expone en particular las que promueven las festividades de los Santos y sobre todas las de la que es Madre de Dios y Reina de ellos; pondera cómo en todo tiempo ha sido la celebración periódica de las fiestas, medio poderosísimo para desbaratar invictamente la plaga de los errores y herejías: *quod haeresum errorumque luem Ecclesia a se nullo non tempore depulit invicta*. Cuanto las fiestas en que se veneran prerrogativas particulares de Cristo, como demuestra la experiencia inmemorial y especialmente la de estos últimos tiempos, no se han instituído, si necesidades de la época no lo han aconsejado o exigido. El año litúrgico tiene en constante contacto con Cristo el espíritu de los fieles, de suerte que la vida, la pasión, los triunfos de Cristo penetran íntimamente la vida toda del pueblo cristiano; mas, si ha acontecido que a veces se enfriase la fe y piedad de los fieles, o que amenazasen a la verdad católica falsas doctrinas; se valió la Iglesia de la institución de nuevas festividades para despertarles del letargo y aún incitarlos a nuevos arranques de virtud y santidad. ¿Qué, pues, ha movido a la Iglesia últimamente a instituir la fiesta que nos preparamos por tercera vez a celebrar? Dícenoslo el Papa clara y encarecidamente: *Si mandamos que Cristo Rey sea honrado por todos los católicos del mundo entero, creemos proveer a necesidades que en los tiempos presentes les aquejan y aplicar el remedio que tenemos por principal a la peste que infecciona a la sociedad humana: el laicismo* (1).

(1) Recomendamos la lectura del artículo siguiente; y véase si la tendencia del rotarismo, aunque al parecer no oposicionista, es de que los individuos y las sociedades pueden pasar sin Cristo, y aun perfeccionarse prescindiendo de su leyes, doctrina y ejemplos.



«Tenemos por peste de nuestros tiempos el llamado laicismo, con sus errores y nefarios intentos: bien sabéis vosotros, Venerables Hermanos, que tal impiedad no maduró en un solo día, sino que se incubaba muy de antes en las entrañas de la sociedad. Una vez negado el imperio de Cristo sobre todas las gentes; negóse lo que en el derecho mismo de Cristo se funda, el derecho, a saber, de la Iglesia de enseñar a todos los hombres, de dar leyes, y de dirigir a los pueblos hacia su eterna felicidad. De aquí se vino poco a poco a igualar la religión de Cristo con las falsas y rebajarla indecorosamente hasta el nivel de éstas; luego se la sometió al poder civil y dejándola al arbitrio de príncipes y magistrados; aun se llegó por algunos de éstos a pensar que convendría sustituir la religión divina por cierta religión natural o por ciertos sentimientos puramente humanos. No faltaron Estados que creyeron poder pasarse sin Dios, y pusieron su religión en la impiedad y en el desprecio de Dios. Los amarguísimos frutos que este alejarse de Cristo por parte de los individuos y de las naciones, ha producido con tanta frecuencia y durante tanto tiempo, los hemos lamentado ya en Nuestra Encíclica *Ubi Arcano* (1), y los volvemos hoy a lamentar, al ver el germen de la discordia sembrado por todas partes; encendidos entre los pueblos los odios y rivalidades que tanto retardan todavía el restablecimiento de la paz; las codicias desenfrenadas, que con frecuencia se esconden bajo las apariencias del bien público y del amor patrio, y brotando de todo esto las discordias civiles, junto con un ciego y desatado egoísmo, sólo atento a sus particulares provechos y granjerías, y midiéndolo todo por ellas; destruída de raíz la paz doméstica por el olvido y la relajación de los deberes familiares; rota la unión y la estabilidad de las familias; y en fin, sacudida y empujada a la muerte la humana sociedad.»

Tal es el laicismo y los aciagos males que ha acarreado a la sociedad y a todos los elementos que la integran: la institución de la fiesta anual de Cristo Rey que se celebre solemnemente

---

(1) Dada a 22 de diciembre de 1922.



en adelante ¿no podemos esperar que impulse felizmente a la sociedad a volverse a nuestro amantísimo Salvador?

«Preparar y acelerar esta vuelta con la acción y con la obra, prosigue Pío XI, deber sería de los católicos; mas he aquí que no pocos carecen en la apellidada convivencia social de la posición y autoridad que es indecoroso no gocen los que llevan delante de sí la antorcha de la verdad. Tales desventajas débense quizás a la apatía y timidez de los buenos, que se abstienen de luchar o resisten débilmente; con lo cual es fuerza que los adversarios de la Iglesia cobren mayor temeridad y audacia. Pero si los fieles todos comprenden que deben militar con infatigable esfuerzo bajo la bandera de Cristo Rey, entonces, inflamándose en el fuego del apostolado, se dedicarán a reconciliar con Dios a los rebeldes e ignorantes, y se esforzarán en mantener incólumes los derechos del Señor.»

Pero ha de tener también la fiesta el carácter que no puede faltar, donde es el hombre, corto por una parte y sometido por otra al incesante achaque de egoísmos y ambiciones, el que la celebra: quiere el Papa que sea también de reparación pública, como públicos son los ultrajes a la realeza de Cristo inferidos.

«Además, para condenar y reparar de alguna manera esta pública defección producida, con tanto daño de la sociedad, por el laicismo, ¿no parece que debe ayudar grandemente la celebración anual de la fiesta de Cristo Rey entre todas las gentes? En verdad: cuanto más se oprime con indigno silencio el nombre suavísimo de Nuestro Redentor en las reuniones internacionales y en los Parlamentos, tanto más alto hay que aclamarlo, y con mayor publicidad hay que afirmar los derechos de su real dignidad y potestad.»

MARIANO CLAVELL, S. J.

---